





La ruta del esnife



FACTOTUM
EDICIONES

Gustavo, Caletti

La ruta del esnife / Caletti Gustavo. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2024.

160 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-57-0

1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. 3. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

© Gustavo Caletti, 2024

© Factotum Ediciones, 2024

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2024

Edición integral: Fátima Nieves García

Diseño de maqueta: Renata Cercelli

Composición de tapa: Fernando Ozón

Imagen de tapa: Shutterstock

Composición de interior: Natalia Brega

ISBN 978-987-4198-57-0

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La ruta del esnife

Gustavo Caletti



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

I

A la piba se le escurrió el cuerpito que gestaba.

Fue por la noche en el baño de un bar. Cuando entré la vi sentada y temblando en el inodoro. La puerta del cubículo de madera estaba abierta: la urgencia no tiene pudor.

–Estoy complicada, flaco... fijate qué tengo –dice y me enlaza con el encargo hasta su entrepierna.

Carajo. Agacharme y enfrenarlo ahí... Todo en miniatura: la cabeza, los dos brazos, las dos piernas. Del tamaño de la palma de mi mano y el peso del mundo, el cordón umbilical lo sostiene en péndulo desde el ombligo. Después, lo más difícil: levantar la vista y mirarla a ella para confirmarle que acaba de perder a su futuro hijo.

Así, de una, en el baño no binario de un boliche. Aborto espontáneo lo llaman. De la misma forma que se escapa un pedo se cae un bepi. Tiritando, ella contiene el llanto mientras su voz se tiñe serena para guiarme.

–Necesito saber si ves uno o dos. Estoy embarazada de mellizos.

Me sumerjo nuevamente en esa viscosidad para contar, para sacar una cuenta, aunque sencilla, inerrable. Todo gotea. Corroboro como un alumno asustado: si había dos y se cayó uno queda otro. Levanto nuevamente la vista.

–Uno... Yo veo uno –tartamudeo–. Uno solo veo.

–Ok, qué bueno... –dice aclarando su respiración, enderezando la espalda, preparándose para una gran batalla–. Ahora te pido que me ayudes. Tenés que cortar el cordón, ¿podés hacerlo? –arrodillado sobre las baldosas meadas, afirmo frente a lo inexcusable, ahora soy yo el que tiemblo.

Busco en el bolsillo mi pequeño cortaplumas nacarado. Al abrirlo se descubre su filo inocente. Avergonzado se lo muestro:

–Me parece que no va a servir –le digo.

–Hacé lo que puedas, sino probá tirando.

Y en el apurón hay que decidir, porque ahí metido hay que decidir: cortaplumas o tirón, cortaplumas o tirón y termina siendo con un tirón del cordón que se lo arranco del vientre.

Sin decir ni mu, sin una queja que medie, se sube los pantalones y chorreando su aborto raja al hospital.

Me cuesta levantarme del piso, bajar la tapa del inodoro y sentarme. Cuando lo consigo, cierro la puerta del cubículo buscando intimidad para abrir mi sobrecito de cocaína. Con la hoja del cortaplumas alzo un pequeño Aconcagua y tiro de la cadena para silenciar el instante profundo del esnife.

Un par de semanas después me la crucé en otro bar. Fue escueta de palabras y generosa en el convite. Me contó que llegó al hospital y el ecógrafo le dio una foto borrosa del otro cuerpito que, desconcertado en su débil burbuja

amniótica, continuaba latiendo, pero pendiendo finito. Muy finito. Parece que se internó y a los pocos días de solitarias pérdidas el ecógrafo enmudeció. Dijo, con ironía para ocultar su definitiva pérdida, que todo fue más aséptico. Supe después, compartiendo falopa, su nombre: Mika. Y ella, no sé si le importó, supo el mío: Claudio.





FACTOTUM
EDICIONES

2

Los ojos obreros de mi amigo Juampi quedan atrapados por la riña. Ya le había contado de ella, pero recién ahora, en la penumbra de una esquina del barrio del Abasto, conoce a Mika. Vestida con el glamur de la alta sociedad, torea como los compadritos, y por el puro gusto de pelear, a un dealer de poca monta.

El tipo es un transa de la zona, de acento ladino y rasgos de periferia, un fortachón querido solo por su séquito de zombis que, a modo de enjambre mononeuronal, lo escoltan a media voz esperando como pago una astilla, un resto, una sombra de merca.

A nadie le queda claro lo que pasa. Ni a nosotros, espectadores recién llegados, ni a los zombis, que entre risitas rígidas nos ceden gentiles un lugar en la primera fila del auditorio improvisado.

Los contrincantes vienen rosqueándola hace rato, el modo de sus cuerpos lo delata. Entramos con Juampi a una función iniciada y sin invitación.

–Mika querida, no puedo venderte media bolsa, pero no te preocupes, llévatela y me pagas el resto otro día –dice el dealer con su acento andino en un letargo que suena más a súplica que a intimación.

–No. Yo quiero que me vendas solo media –replica serena, ejecutiva de alto rango.

–Perdóname, Mika, media no puedo, pero no te preocupes, llévatela entera, no me debes nada, tómalo como un regalo mío –y le ofrece el paquetito con merca. Los zombies huelen el pase. De sus cuerpos, las narinas es lo único que conservan vivo.

–Plata no me falta, lo sabés bien. Y a mí no me gusta que me regalen nada. Te pido por favor que me des media porque eso es lo que quiero –ya insistente con la impunidad de una demente o de la que ignora lo errado del lugar en donde está parada.

–No puedo, Mika, vienen así, ya están selladas –irritado se planta el dealer.

–¿Selladas...? Mirá vos... ¿Vienen de china? ¿Con el sello de bromatología de la Unión Europea? –a cualquiera de nosotros, por mucho menos, ya nos hubiese estampado un cachetazo, sin importar género.

Ahora ambos se miden firmes. Sin bajarle la vista Mika abre su cartera, saca una billetera abultada y cuenta con calma los billetes. Los zombies, con su motricidad limitada, boquean un aliento de casa tomada.

Paga justo y hacen el intercambio.

–Gracias, Mika, nos vemos la próxima –saldando el conflicto la saluda distendido.

–Esperá un poquito, no te vayas –Mika, con movimientos diestros, frente a todo el auditorio divide en partes iguales la cocaína recién comprada y le da la mitad al transa en un

papelito—. Con media está bien para mí, querido, aceptame este regalo, es para que lo compartas con tus amigos.

El enjambre de abejorros rodea al fortachón.

Mika, Juampi y yo nos vamos, evocando el final de esa película donde los zombis acorralan al malo y lo engullen de un zarpazo. De alguna manera, en aquella primera caminata nocturna, trazamos con ella una austera relación, que se resumía a encuentros ocasionales en algún bar donde compartíamos el consumo medido y las conversaciones interminables sobre drogas.

Entre tantas chácharas a las que dedicamos nuestro tiempo, terminamos elaborando varias teorías sobre los cortes actuales con que se abulta la cocaína, basándonos en el precepto de: “Toda droga pasada siempre fue mejor”. También editamos un trap remixando audios con los mensajes de los dealers. Aprendimos a tolerar los relatos melancólicos de Juampi, añorando los cristales puros de los años noventa. Nos colamos tres pepas de ácido lisérgico un domingo. Y una noche Mika escribió en el dorso de un volante: “Se busca bioquímico para analizar falopa”. Y lo pegó en el baño del bar, entre las bandas y las putas.

Siempre fue reservada, nunca contó nada de su intimidad. Sí tuvo un gesto que en su momento, aunque equivocadamente, le agradecí.

Cuando se enteró que había perdido mi puesto en la universidad y estaba necesitando un trabajo, me dio la tarjeta del jefe de proyectos de una consultora de renombre, de esas importantes a donde las grandes empresas van a consultar casi todo. Dijo que podía llamar directamente y que me ubicarían en un trabajo *freelance* para salir del paso.

Luego dejamos de frecuentarnos. Nada me hizo entrever lo que supe después: quién era Mika.



FACTOTUM
EDICIONES

3

Suele ser sencillo acordarnos del momento en que conocimos a un amigo: una situación delimitada en un tiempo y un espacio, normalmente, compartidos. En caso de olvido se puede tomar mano de la memoria en común. Y cuando la amistad es de larga data, ese recuerdo se graba por efecto de la reiteración anecdótica con la precisión de una leyenda de origen.

Yo lo conocí a Juampi en la Universidad de Lima jalando merca. Viajé por un congreso, fue en octubre, hace dieciséis años. Lo que no puedo recordar es cuándo Juampi comenzó a ser mi amigo. A diferencia del amor, no hay historias de amistad a primera vista. El hiato demarcatorio es difuso, primariamente unilateral.

Intuyo que, en la sumatoria de gestos de empatía, las mutuas singularidades se van reconociendo. Si hay muchas sincronías se delimita la frontera entre conocido/amigo, se descubre que llevamos la misma camiseta. Arriesgo: nadie puede decir el momento exacto en donde dos personas dejan de ser meros conocidos y se transforman

en un nosotros contra el mundo. No hay un acto de inauguración para la amistad, pero sí espacios transitados en conjunto donde se va gestando: el colegio, un viaje al Machu Pichu, los encuentros de Narcóticos Anónimos.

El nuestro se forjó en las madrugadas del bar La Academia, cuando todavía se repetía ese latiguillo de la calle Corrientes perdiendo el pulso de antaño. Detestábamos ese estertor nostálgico que se va escalonando por décadas y se vitrifica en documentales testimoniales, en donde *los que fueron* narran cuán vitales y revolucionarios *eran* mientras se lamentan de que su herencia se desperdiciara en los que ahora son: *los actuales*, que con su novatada echan todo a perder.

La utopía enciclopedista de pensar la historia en una unidad de medida:

un paquete de diez años/
media docena de huevos/
una bolsa de dos gramos.

Al igual que las décadas, la amistad no tiene fecha de inauguración; aunque sí actos de clausura: una muerte, una traición, una tragedia. En el amor, al revés: muerte, traición y tragedia lo hacen mutar y, en algunos casos, prosperar.

La Academia, por lo mismo, ya se aburrió de ser contada. Desde 1930 la escriben, la filman. Ahora la referencian notable, la exhiben hasta el cansancio. La literatura debería tacharla del mapa, pero no puede: queda en el centro, está siempre abierta, es barata y, desde la caída de Yrigoyen –si es con buena educación y disimulo–, se puede esnifar cocaína sin que nadie venga a chistar.

Estamos sentados contra la pared, lejos de la puerta. Para ser las tres de la mañana hay bastante movimiento. Juampi aleja un poco su silla del tabique de madera que hace de separador entre el bar y las mesas de billar ubicadas al fondo. Su cuerpo proletario se hace espacio para felicitarme.

–Qué bueno el trabajo que te consiguió Mika, es tremendo, fabuloso... Cómo me gustaría estar en tu lugar.

Juampi es honesto. Ahora juega –es su costumbre– con el azúcar. Abre un sobrecito: la mitad para el café, la otra mitad la vuelca despacio sobre la mesa. Cuando la montaña está hecha, con el filo del sobrecito traza una línea. Primero larga y dentada. Después va emparejando en un movimiento de vaivén hasta dejarla prolijita. Lo hace sin mirar, la mano actúa autónoma como la de los viejos coleccionistas que podían abrir y cerrar puertas, cortar boleto, cobrar y dar el cambio en un juego de monedas exacto sin desatender el volante.

–No me quejo –le contesto–, me viene bien, pero no es el trabajo soñado para mí ser *mystery shopper* de estaciones de servicio.

–Dejate de joder, Claudio... Viajar por todos lados, sin jefes que te estén controlando, durmiendo en buenos hoteles, morfando donde querés... Para mí es un sueño todo eso.

–Más o menos, Juampi. Es verdad, está bueno viajar, lo de la ruta es muy lindo. Pero, cuando paro en las estaciones de servicio, me agarro la cabeza y me pregunto cómo carajo caí en este laburo. Que, en resumidas cuentas, se trata de entrar a los baños y ver si hay mierda o no en el inodoro. Ese es el dato fundante, lo que salgo a buscar en lo que vos imaginás como mis grandes viajes...

Juampi responde con un meneo de su cabeza, la cual parece se puso de acuerdo con la mano autónoma. Mientras una niega, la otra, a ritmo acompasado, paleta habilidosamente la raya de azúcar. Antes de insistir con lo poco afortunado de mi trabajo me saco los lentes y los limpio con la camisa. No están sucios, pero tengo una irresistible necesidad de ser parte de la coreografía gestual que se debate en la mesa.

Levanto un poco los lentes y trazo en el aire una circunferencia, le inicio la perorata:

–Acá tenés una petrolera –muevo los lentes en dirección opuesta y dibujo otra circunferencia– que contrata a una consultora que dice tener un experimentado equipo de profesionales que dicen poder descubrir si la marca de la petrolera es debidamente cuidada por las estaciones franquiciadas.

Juampi se va interesando, no por lo que digo sino porque acompaño –a manera de fuegos de artificio– las palabras con gestos. En silencio reflexiono sobre la lucha de clases pedagógica: como el pobre es corto de entendimiento, entonces hay que graficarle la palabra ampulosamente para que entienda. Si pudiera, me denunciaría a mí mismo; detestarme ya lo hago. Me vuelvo a colocar los lentes y tomo una cuchara, lo más parecido a una tiza de pizarrón. Continúo.

–Si petrolera y consultora simpatizan, empiezan las reuniones. Se intercambian un peloteo de PowerPoint con estrategias de medición diseñadas por sociólogos doctorados en cata de vinos. Hay un presupuesto que la petrolera considera garrafal, la consultora insiste en la solidez de sus profesionales que llega al punto de tener a un sociólogo titulado recorriendo las estaciones de servicio... Ese soy yo

—me apunto con la cucharita remarcando el yo. Se me está yendo la mano con la pedagogía gestual. Nuevamente me denunciaría, pero continúo.

—Al final cierran el número y comienza la ansiedad por conocer los resultados. Me dan la hoja de ruta y, a medida que recorro las estaciones, lleno planillas y redacto informes. Luego procesan la data logrando un completo diagnóstico sobre el estado de la marca. Petrolera y consultora tienen nuevas reuniones, hay carpetas, más peloteos de PowerPoint y muchas conclusiones; pero lo real es que todos van derecho al ítem “nivel de aseo en los baños”. Lo esencial es saber si el inodoro está cagado o no. Y hacen bien. Ese dato es determinante porque siempre concuerda con el resto del informe.

—Está bien, Claudio, pero ganás buena plata y nadie te pone horarios —insiste. La mano autónoma continúa su ritual: ya armó y desarmó la línea de azúcar cien veces, la pasa ahora de un lado al otro de la mesa. El bamboleo tiene algo de danza hipnótica y, repentinamente, me escucho invitándolo.

—¿Querés acompañarme al próximo viaje, Juampi? Salgo pasado mañana, voy para la Patagonia unas semanas. No tenés que poner un mango, los gastos ya están cubiertos. Da lo mismo que seamos uno o dos.

—Más vale, ¿cómo no voy a querer?, te acompaño. Es un tremendo plan.

Abre los ojos y me sonrío como un nene travieso. Son innecesarias más señas para saber que está ejecutando la parte final de su truco de magia intitulado: “El azúcar se volvió cocaína”. En un par de movimientos, la línea cambia su brillo y va menguando su paseo frenético de punta a punta de la mesa. Su andar se apacigua, su radio de acción

se ciñe. Aparece la movilidad conservadora del equilibrista buscando una ubicación en el centro, protegiéndose.

Ahora la destreza ya no es ensayo. Yo miro sus manos, ávido por descubrir el artificio que muchos consideran pura alquimia, pero fracaso. Como tantas veces. Juampi monta su obra: acomoda los pocillos de café, pone a un lado las cucharitas, distribuye varios sobrecitos usados, un par de servilletas arrugadas y los vasos de agua. El resultado es una composición de formas en armónicas direcciones, que envidiaría el propio Mondrian. De tan evidentes, pasan imperceptibles las dos rayas de merca sobre la mesa.

Por primera vez, Juampi baja la vista para observar su obra. La mano vuelve a su amo. Y, con la cotidianeidad de quien se sorprende porque nuevamente llegó la noche, dice: –Mirá... se transformó en merca.

Su humildad obrera, que esconde el orgullo de ser pobre pero decente, reniega de aplausos. No hace espanto por la magia, ya está disfrutando el viaje.

FACTOTUM
EDICIONES

4

Me arrepentí de traerlo conmigo al viaje antes de invitarlo.

Groseramente peludo, se tira de cabeza en la pileta de un hotel de pueblo pasado de moda. El cartel de entrada anunciaba tres estrellas, cosa que posiblemente fue, pero si la justicia fuese justa deberían recalificarlo como un dos, y solo por el romance argentino con la estética de las estafas.

El pequeño oasis de bonanza tiene apariencia de charco turbio. Desafiando todo pronóstico, Juampi no se rompe la cabeza contra el fondo. Emerge homérico del agua roñosa.

–¡Mirá cómo me tiro! –y se tira ruidoso, salpicón; y dice, al salir de la pileta–: ¡Qué chapuzón! ¡Mirá cómo me tiro! –nuevamente ruido, salpicón–. ¡Qué chapuzón! Mirá cómo me tiro... Qué chapuzón...

Loopea su hazaña. Escucho el anuncio y su gloria unas doce, quince veces. La reiteración sonora es un mantra que merecería ser rezado con un buen porro.

Opongo resistencia a esa espiral psicodélica. Me invento mi propio estribillo para no caer en el de él: “Juampi loopea su hazaña”, repito hacia adentro, en silencio.